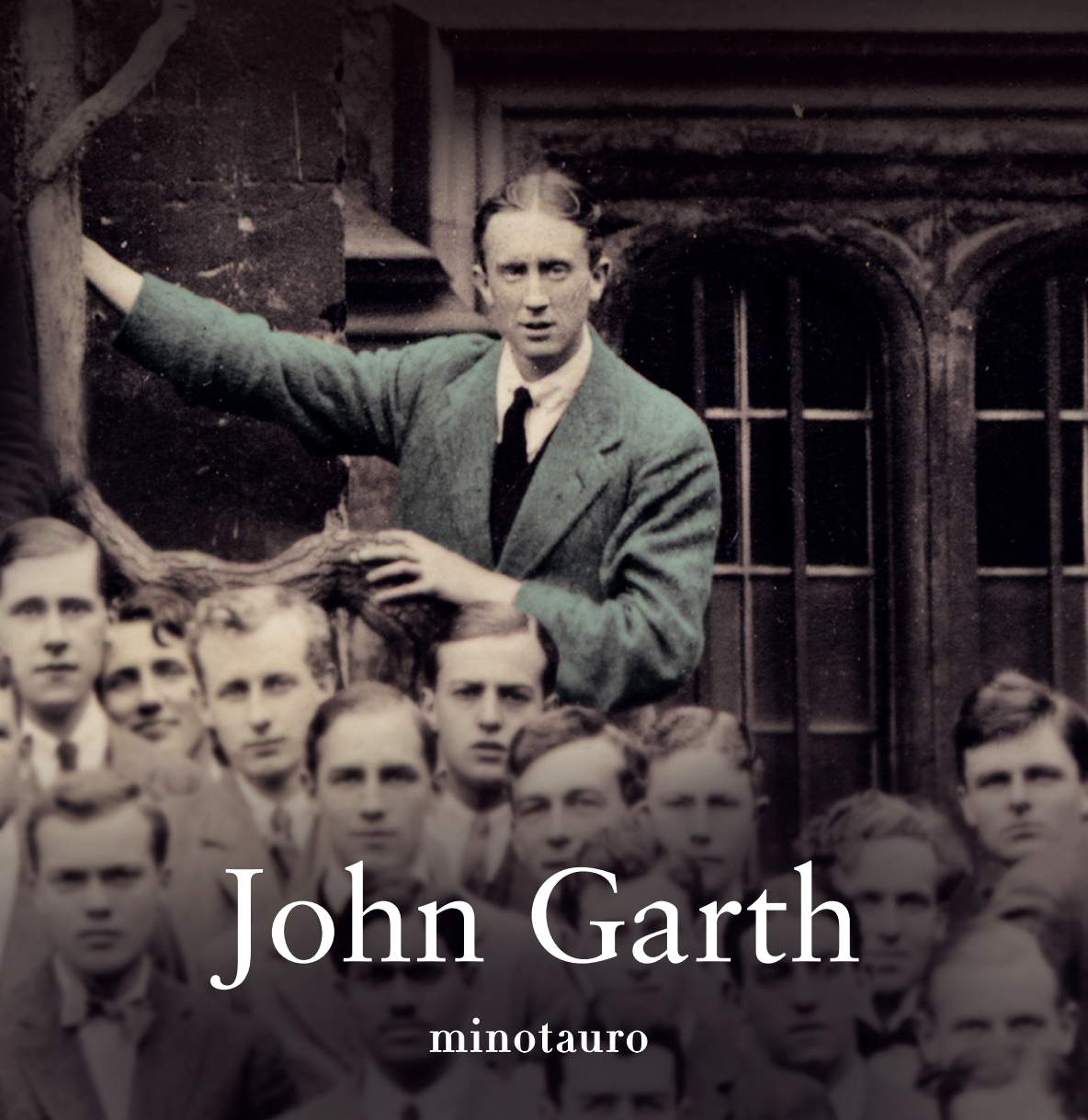


TOLKIEN y la Gran Guerra

El origen de la Tierra Media



John Garth

minotauro

JOHN GARTH

Tolkien y la Gran Guerra

El origen de la Tierra Media

minotauro

Título original:
Tolkien and the Great War.
The Threshold of Middle-Earth

Primera edición: junio de 2014

© John Garth, 2003
Material inédito © The Tolkien Trust / The J.R.R. Tolkien Copyright Trust, 2003
© Traducción de Eduardo Segura y Martin Simonson, 2014
© Traducción de las notas: Eduardo Segura y Daniel Royo

Publicado originalmente en el Reino Unido por HarperCollins Publishers Ltd.
con el título *Tolkien and the Great War*
Tolkien® es marca registrada de The J.R.R. Tolkien Estate Limited

© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0207-0
Depósito legal: B. 11.197-2014
Fotocomposición: gama, sl
Impresión: Egedsa

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Lista de ilustraciones	11
Cronología	12
Mapas	14
Prefacio	17

Primera parte. *Los cuatro inmortales*

Prólogo	27
1. Antes	35
2. Un joven con demasiada imaginación.	67
3. El Concilio de Londres.	87
4. Las orillas de la Tierra de Fantasía.	107
5. Viajeros ignorantes.	130
6. Demasiado tiempo aletargado.	162

Segunda parte. *Lágrimas innumerables*

7. Espuelas de caballero y campánulas de Canterbury . . .	195
8. Una aventadora implacable.	208
9. «Algo se ha quebrado».	229
10. En un agujero en el suelo	250

Tercera parte. *La Isla Solitaria*

11. Castillos en el aire.	271
12. Tol Withernon y Fladweth Amrod	295
Epílogo. «Una nueva luz»	329
Posdata. «Uno que sueña solo».	369
Notas	403
Bibliografía	463
Índice onomástico	477

Uno



Antes

De haber sido un chaval más sano, la guerra habría sobrevenido a John Ronald Reuel Tolkien antes de su séptimo cumpleaños. Nació el 3 de enero de 1892 en Bloemfontein, capital del estado libre de Orange, una de las dos repúblicas bóer que había ganado su independencia del gobierno inglés en Sudáfrica. Su padre gestionaba allí una filial del Banco de África. Pero Arthur Tolkien había venido desde Inglaterra, seguido poco después por su prometida Mabel Suffield, y se habían casado en Ciudad del Cabo. Para los bóers holandeses de Bloemfontein eran *uitlanders*, extranjeros que gozaban de pocos derechos y pagaban elevados impuestos por tal privilegio. Pero la riqueza generada en la región por el oro y las minas de diamante llevó a muchos a aceptar el trato. Hilary, su hermano menor, nacería en 1894. Pero el mayor sufría a causa del tórrido clima, y al año siguiente Mabel se llevó a los dos niños de vuelta a Birmingham para darles un descanso. Nunca regresaron. En febrero de 1896 Arthur falleció a causa de una fiebre reumática. Así pues, Mabel y sus hijos se libraron del duro golpe de la guerra anglo-bóer que estalló a finales de 1898 contra los derechos de los *uitlanders*.

A salvo en Inglaterra, Mabel crió a sus hijos ella sola, llevándolos a vivir a una modesta casita de campo en el pueblo de Sarehole, a las afueras de Birmingham. Allí los instruiría en casa durante un idílico período rural de cuatro años, y el clima y el carácter de este mundo más antiguo se grabarían de manera in-

deleble en el corazón del joven John Ronald: un contraste radical con lo que había conocido hasta entonces. «Si tu primer árbol de Navidad es un eucalipto marchito, y si de manera habitual sufres por culpa del calor y del sol —recordaría muchos años más tarde—, entonces (justamente en el momento en que tu imaginación está despertando) encontrarte de repente en un tranquilo pueblecito de Warwickshire (...) engendra un amor peculiar por lo que podrías llamar el campo de las *Midlands* del centro de Inglaterra, cuya base es un agua excelente, piedras y olmos, pequeños y silenciosos ríos, y (...) gente rústica.» Pero en 1900 John Ronald ganó una plaza en la King Edward's y se mudaron a la industrial Birmingham para estar más cerca del colegio. Entonces, para la ira de los Suffield y los Tolkien por igual, Mabel abrazó el catolicismo, y durante un tiempo los niños asistieron a una escuela católica dirigida por los sacerdotes del Oratorio de Birmingham. Tolkien aventajaba de largo a sus compañeros, y volvió a King Edward's en 1903, pero siguió siendo católico toda su vida. Después que su madre, que había enfermado de diabetes, quedase en coma y muriese en noviembre de 1904, sintió que ella había sufrido hasta el martirio por criar a sus hijos en la fe.

Antes de la muerte de Mabel, la familia había vivido durante un tiempo en las habitaciones de una casita en Rednal, en Worcestershire, fuera de los límites de la ciudad. Pero entonces su custodio, el padre Francis Morgan, sacerdote del Oratorio, encontró una residencia para los niños en Edgbaston, y en su segunda tanda de alojamientos, a los dieciséis años, Tolkien conoció a Edith Bratt, de diecinueve, que también ocupaba una habitación allí. Era guapa, con talento para el piano y también era huérfana; y en el verano de 1909 se enamoraron. Pero antes que terminase el año el padre Francis se enteró del romance y prohibió a Tolkien ver a Edith. Consternado pero obediente, se volcó en sus amistades del colegio, la TCBS, el rugby y la capitanía del equipo de su casa. Ganó plaza para Oxford (al segundo intento) y sesenta libras al año para pagar sus estudios de licenciatura en Clásicas.

Mabel Tolkien había transmitido a su hijo mayor el gusto por el dibujo. Él utilizó su primer bloc para esbozar estrellas de mar y algas. Otras vacaciones junto al mar en Whitby, en 1910, dieron como resultado evocadores dibujos de árboles, paisajes y edificios. La respuesta artística de Tolkien era estética y emocional antes que científica. Sus figuras y retratos eran, en el mejor de los casos, cómicos o estilizados; y en el peor, rudimentarios, y él siempre se juzgó con modestia a la hora de evaluar sus habilidades como artista visual. Sus puntos más fuertes eran la decoración y el diseño, como ha quedado plasmado para la posteridad por las iconográficas cubiertas de *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*.

Tolkien también había heredado a través de Mabel un don para la caligrafía, que procedía de su abuelo, John Suffield, cuyos antepasados habían sido plateros y grabadores. El estilo caligráfico de la propia Mabel era muy estilizado, con mayúsculas floreadas y astas descendentes y brazos expresivamente sesgados hacia arriba. Para casos en que la escritura requería formalidad, Tolkien desarrolló una escritura basada en el estilo medieval llamado «letra fundacional»; pero cuando escribía cartas siendo joven, daba la impresión de tener un estilo de escritura distinto para cada uno de sus amigos y, más tarde, cuando esbozaba a toda velocidad, producía unos garabatos que se parecían sobre todo a la imagen electrocardiográfica de un pulso frenético.

Tolkien aprendió a leer a los cuatro años, y se bebió los libros para niños que eran populares entonces: *El flautista de Hamelín*, de Robert Browning, o los cuentos de Hans Christian Andersen, que lo fastidiaban; relatos de pieles rojas; *La princesa y el trasgo*, de George MacDonald, o la antología de cuentos de hadas de Andrew Lang, que estimularon su deseo de aventuras. En concreto, anhelaba cuentos de dragones.

Pero los cuentos no fueron la clave para los gustos de su niñez. «Fui educado con los clásicos —escribiría más tarde— y descubrí por primera vez la sensación del placer literario en Homero.» Cuando tenía unos once años, un sacerdote del Oratorio

dijo a Mabel que el chico había leído «*demasiado*, todo lo dirigido a los menores de quince años, y que él no conoce ni una sola obra clásica que recomendarle». Fue el estudio de los clásicos, y en particular los ejercicios escolares de traducción de poemas ingleses al latín o al griego, lo que despertó el gusto de Tolkien por la poesía. Siendo niño, de manera habitual se saltaba cualquier verso que encontraba en los libros que leía. Su profesor en la King Edward's, R. W. Reynolds, intentó durante mucho tiempo, y en vano, encender la chispa de su interés por los principales gigantes de la poesía inglesa, como Milton o Keats. Pero el místico católico Francis Thompson se ganó la apasionada aprobación de Tolkien por sus logros métricos y verbales, su inmensa imaginación, y por la fe visionaria que apuntalaba su obra. Thompson, que era tremendamente popular tras su temprana muerte en 1907, parece haber influenciado el contenido de uno de los primeros intentos de Tolkien en el terreno de la poesía, «Wood-sunshine», escrito a los dieciocho años. Al igual que en la larga secuencia de Thompson, «Sister Songs», trataba de una visión de hadas en el bosque:

Venid a cantar, cosas ligeras como hadas brincando alegres,
como visiones, como brillantes reflejos de alegría
hechas sólo de luz, despreocupadas del pesar,
sobre esta alfombra verde y marrón; y no os vayáis.
¡Oh! ¡Venid a mí!, ¡Bailad para mí! Espíritus del bosque,
¡Oh! ¡Venid a mí! ¡Cantad para mí antes de desvaneceros!²

El empleo que William Morris hacía del verso en sus romancesseudomedievales habría de dejar también su huella en la poesía temprana de Tolkien.

Morris fue importante, asimismo, por su asociación con el

2. *Come sing ye light fairy things tripping so gay, / Like visions, like glinting reflections of joy / All fashion'd of radiance, careless of grief, / O'er this green and brown carpet; nor hasten away. / O! come to me! dance for me! Sprites of the wood, / O! come to me! Sing to me once ere ye fade!*

Exeter College de Oxford, donde había formado la sedicente hermandad prerrafaelita con su compañero estudiante Edward Burne-Jones (que había sido antiguo alumno de la King Edward's School). Tolkien vinculó en una ocasión la TCBS a los prerrafaelitas, probablemente en respuesta a la preocupación de la Hermandad por restaurar los valores medievales en el arte. Como solía suceder, Christopher Wiseman no estuvo de acuerdo, tildando la comparación de alejada de la realidad.

Los intentos de Mabel de enseñar a su hijo mayor a tocar el piano fracasaron. Como escribe Humphrey Carpenter en su biografía de Tolkien, «Parecía, en realidad, que las palabras ocupaban para él el lugar de la música, y que le encantaba escucharlas, leerlas y recitarlas, casi sin importar lo que significaran». Mostraba extraordinarias inclinaciones hacia el lenguaje, concretamente una aguda sensibilidad hacia los sonidos peculiares de los diversos idiomas. Su madre había comenzado a enseñarle francés y latín antes de que empezase a asistir al colegio, pero ninguno de estos idiomas lo atrajo de manera especial. A los ocho años, sin embargo, los extraños nombres de los vagones de carbón despertaron su gusto por el galés. Fue arrastrado hacia el gusto diferente de algunos de los nombres que encontró en la historia y la mitología, y escribiría más tarde: «La fluidez del griego, resaltada por la dureza y el brillo de la superficie, me cautivaron (...) y traté de inventar un idioma que encarnase lo greco del griego». Eso fue antes incluso de que empezase siquiera a aprender griego, a la edad de diez años, época en la que también leía a Geoffrey Chaucer. Un año después adquirió el *Etymological Dictionary* de Chambers, que le dio el primer atisbo del principio del «cambio fonético» por el que evolucionan los idiomas.

Esto le abrió un nuevo mundo. La mayoría de la gente no se para a considerar la historia del idioma que hablan, de modo análogo a como nunca ponderan la geología del suelo que pisan. Pero Tolkien ya estaba contemplando la evidencia al leer el inglés medio de Chaucer. Los antiguos romanos habían reconocido que algunas palabras sonaban de la misma manera en latín y

griego —semejante, pensaban algunos—. Durante siglos se había prestado una atención poco sistemática a tales semejanzas en un número creciente de idiomas y se habían hecho furiosas afirmaciones del antepasado original de todas las lenguas. Pero en el siglo XIX el rigor científico se aplicó por fin a la materia y surgió la Filología Comparada como disciplina. Su descubrimiento clave fue que los idiomas no cambian de manera aleatoria, sino regular. Los filólogos podían codificar las leyes fonológicas por las que los sonidos concretos habían cambiado en los diversos estadios de la historia de un idioma. El diccionario de Chambers introdujo a Tolkien en la más célebre de todas, la ley de Grimm, con la que Jacob Grimm había codificado cerca de un siglo antes el conjunto de cambios regulares que dieron lugar (por ejemplo) a las palabras *pater* en latín y *patér* en griego, pero *father* en inglés y *vatar* en alto alemán antiguo, todas ellas procedentes de una sola «raíz» no registrada. Estos idiomas (aunque no todos) estaban relacionados, y se podía demostrar que de algún modo estaban abiertos al análisis racional; es más: al compararlos era posible reconstruir elementos de su idioma originario, el indoeuropeo, una lengua anterior al amanecer de la historia, que sin embargo no había dejado registro alguno. Esta era una materia embriagadora para un chaval, pero moldearía su vida.

Durante la época en que se topó con la ley de Grimm, Tolkien había comenzado a inventar idiomas propios. Lo hacía en parte por la diversión práctica de elaborar códigos secretos y en parte por un absoluto placer estético. Un popurrí de maltrechas palabras clásicas llamado *nevbosh* (alumbrado de hecho por una prima) fue seguido en 1907 por el *naffarin*, construido de manera más rigurosa, e influido desde el punto de vista del sonido por el español (y, por tanto, por el padre Francis, que era de ascendencia mitad galesa, mitad angloespañola). Durante sus últimos cuatro años en la King Edward's, Tolkien estuvo en la primera clase, o nivel *senior*, bajo la supervisión del director, Robert Cary Gilson, que lo animó a que indagase en la historia del latín y el griego. Con todo, pronto sus gustos díscolos lo llevaron más

allá del mundo clásico. Un antiguo profesor, George Brewerton, le prestó una introducción al anglosajón, que estudiaba en su tiempo libre. En el colegio destacaba en alemán, y ganó la matrícula de honor en la asignatura en julio de 1910, pero hacia 1908 había descubierto la obra de Joseph Wright, *Primer of the Gothic Language*, y esa lengua del tronco germánico, muerta mucho tiempo atrás en los límites de la historia escrita, arrastró su corazón lingüístico «como un vendaval».

Otros habrían guardado para sí tan recónditos intereses, pero en el colegio Tolkien se mostraba efusivo en lo concerniente a la filología. Rob Gilson lo describía como «una autoridad de bastante peso sobre etimología; un entusiasta» y, en efecto, Tolkien disertó en una ocasión ante los alumnos más avanzados sobre los orígenes de los idiomas de Europa. Frente al *éthos* clásico que se enseñaba a los alumnos de la King Edward's, él desempeñó con desparpajo el papel de intruso. Con ánimo combativo afirmó ante la sociedad literaria que la *Volsunga Saga*, el relato de Sigurd, el matador de dragones, desplegaba «el genio épico más elevado que pugna por salir del salvajismo y entrar en la humanidad completa y consciente». Incluso participó en uno de los debates anuales de latín en gótico.

El corpus del gótico es pequeño, y para Tolkien suponía un desafío tentador. Intentaría imaginar cómo sería el gótico no registrado. Inventó palabras en gótico; no de manera aleatoria, sino utilizando lo que sabía sobre el cambio fonético con el fin de extrapolar las palabras «perdidas» sobre la base de sus equivalentes que habían sobrevivido en otros idiomas germánicos: un método lingüístico bastante parecido a la triangulación, el proceso por el que los cartógrafos registran las cumbres de picos que no han visitado. Este «idioma privado» fue una actividad que pocas veces mencionaba fuera de su diario, porque a menudo lo distraía de las tareas «reales» del colegio; mas en el proyecto del gótico atrajo como colaborador a Christopher Wiseman. El modesto Wiseman recordaría más tarde:

Leer a Homero con Cary Gilson encendió en mí lo que en Tolkien ya había salido a la luz, un interés por la filología. De hecho, John Ronald dio en el clavo al construir un idioma L y otro LL, que representaba lo que L había llegado a ser tras unos cuantos siglos. Intentó involucrarme en uno de sus idiomas caseros, y me escribió una postal en él. Me dijo que le respondiese en el mismo idioma, pero en eso creo que no estuvo muy acertado.

La filología era el centro del apasionado debate entre ambos, y Wiseman diría muchas décadas después que la invención de idiomas fue una piedra angular para su amistad juvenil. Puede parecer una actividad extraña para adolescentes, pero Tolkien no lo creía, insistiendo más adelante: «¿Sabes?, no es tan extraño. Los niños casi siempre lo hacen (...). Si la mayor parte de la educación adopta una forma lingüística, la creación tomará una forma lingüística aun cuando no sea uno de sus talentos». La creación de idiomas satisfacía la urgencia creativa, pero se encontró también con el deseo de una jerga que «sirviera a las necesidades de una sociedad secreta y perseguida, o —en el caso de los Grandes Gemelos— el curioso instinto de pretender que se pertenece a una».

No está claro si Tolkien compartió con Wiseman otra empresa, la invención de un idioma germánico «no registrado», el gautisk, y parece poco probable que la más amplia TCBS se le uniese en sus recreaciones filológicas en algún momento.³ Pero en la elaboración de lenguas las motivaciones de Tolkien eran más artísticas que prácticas; e incluso si sus amigos no colaboraban, al menos serían un público exigente y sagaz. Al fin y al cabo,

3. El gautisk podría haber sido una extrapolación a partir del gótico, pero es probable que se tratase de la elaboración de la lengua de los gautas de la antigua Escandinavia, el idioma que el héroe matador de monstruos Beowulf habría hablado antes de que su relato fuese escrito en inglés antiguo. Aunque la comprensión que Rob Gilson poseía de la filología era —según su propia confesión— pobre, algunos de los apodos que empleaba en sus cartas a sus amigos invitan a conjeturar que estaba metido en el juego de la invención de idiomas de su amigo. Por desgracia, descifrarlos es también una labor conjetural. Tolkien parece ser «el señor Undarhruiménitupp», y G. B. Smith es «Haughadel» o «Hawaughdall».

eran chicos que debatían en latín y tomaron parte en la representación anual de Aristófanes de la King Edward's en el griego clásico original. El propio Tolkien interpretó a un vivaz Hermes en la producción de *La paz*, de 1911 (su adiós a la escuela). Wiseman apareció como Sócrates y Rob Gilson como Estrepsíades en *Las nubes*, un año después. Sólo Smith, de entre los miembros de la TCBS, al pertenecer a la parte «moderna» o comercial, no estudió griego. Quizá ésa sea la razón por la que fue relegado a interpretar el papel del Asno en una de las obras. Fueron dirigidas por el fumador de puros y director de la casa de Tolkien, Algy Measures, y los chicos se deleitaban con un peculiar menú a base de bollos, grosellas y cerveza de jengibre. «¿Nadie más recuerda aquellas obras? —escribió un viejo eduardiano en 1972—. ¿El gran desfile del coro, ataviados con blancas vestiduras, tocando flautines a lo largo y ancho de toda la Gran Escuela? ¿O a Wiseman y Gilson mascando grosellas sobre el escenario, mientras departían como si el griego fuese su lengua habitual?»

La TCBS se regodeaba en un cierto punto de extravagancia. El sentido del humor de todos ellos era chispeante y a menudo sofisticado. Sus intereses y talentos eran abundantes, y rara vez sentían la necesidad de añadir a nadie más a su círculo. Otro antiguo alumno de King Edward's escribía a Tolkien en 1973: «Cuando éramos chavales no puedes imaginar de qué modo te miraba y admiraba y envidiaba el ingenio de aquel selecto grupo de J. R. R. Tolkien, C. L. Wiseman, G. B. Smith, R. Q. Gilson, V. Trought y Payton. Yo merodeaba por los alrededores para ver si me caía alguna miga. Probablemente nunca te diste cuenta de esta adoración de un escolar». Al mirar atrás, Tolkien insistió en que no se habían propuesto mantenerse distantes del alumno medio de la King Edward's, pero, con o sin intención, levantaron barreras.

Sobre el campo de rugby, Wiseman había adquirido de alguna manera el apodo de Primer Ministro, y la TCBS dio forma a esta práctica, con Tolkien como Ministro del Interior, Vincent

Trought como Canciller y el agudo y puntilloso Wilfrid Hugh Payton (también conocido como Whiffy) en calidad de Portavoz Parlamentario. G. B. Smith, como tributo a una de las cosas que lo entusiasmaban, se vanagloriaba del título no gubernamental de Príncipe de Gales. Además, ésta era tan sólo una de las listas de epítetos dentro de un completo elenco.⁴ En una nota de Wiseman justo antes de que la TCBS se uniese, Tolkien aparece como «mi querido Gabriel», y distinguido por lo visto como «arzobispo de Evriu». La carta está firmada «Belcebú» (quizá para arrojar luz sobre el enorme abismo respecto de la perspectiva religiosa entre ambos amigos), y contiene una referencia bastante opaca al «primer prelado del Hinter-espacio, nuestro común amigo». Una atmósfera de pompa juguetona recorre su correspondencia (tal y como sucedía antes de la Gran Guerra), de manera que en vez de invitar simplemente a Tolkien a visitarlo, Gilson escribía rogando si accedería a «bendecir nuestro ancestral hogar» y «hacer uso de nuestra cumbreira».

Echando un vistazo crítico sobre la era en la que también él creció, el autor J. B. Priestley veía ese juego con las palabras como una señal de superficialidad y autoindulgencia de la clase dirigente, que era adicta a «una jerga tonta, de uso propio (como la habrían llamado, “un divino y *privato argotino*”), y (...) el empleo constante de apodos». Sin embargo, la TCBS procedía de las clases medias, un espectro social muy amplio. En la cumbre de esa burguesía estaba Rob Gilson, con su gran casa, su impor-

4. Cada participante en el debate anual en latín de la escuela lucía una etiqueta clásica. Traduciendo directamente, Wiseman era *Sapientissimo Ingente*, y Barrowclough *Tumulus Vallis*. Cary Gilson era *Carus Helveticus*, en honor a sus entusiasmos alpinos, y Rob se había convertido en su diminutivo, *Carellus Helveticulus*. Wilfrid Payton era *Corcius Pato*, y su hermano menor Ralph, *Corcius Pato Minor*. Vincent Trought era un muy pescadero *Salmonius Tructa Rufus*, mientras que *Pasta de té* Barnsley era *Placenta Horreo*, a partir de las palabras latinas para “pastel” y “granero”. Las etiquetas de Tolkien eran todas juegos de palabras con su apellido, convertido de manera jocosa en «entusiasta de los peajes» (toll keen): *Vectigalius Acer*, *Portorius Acer Germanicus* y, con el asentimiento unánime a su maestría en idiomas, *Eisphorides Acribus Polyglotteus*.

tante padre y sus amistades de la aristocracia. En la precariedad del punto más bajo estaba Tolkien, un huérfano en una pensión urbana. Su «idioma privado» no era un italiano burlesco; y a pesar de que los apodos y los arcaísmos burlescos pudieron haber ayudado a mantener la exclusividad del Tea Club, ridiculizaban amablemente la jerarquía social tradicional.

La parodia fue el modo que adoptó el primer intento publicado de Tolkien de escribir una narración épica. Se trataba de la elección natural, dado que la pieza había de aparecer en el *Chronicle* de la King Edward's School. «The Battle of the Eastern Field» no trata sobre la guerra, sino sobre el rugby, y es la irónica narración de un partido jugado en 1911. Su modelo eran las entonces populares *Lays of Ancient Rome* de lord Macaulay, y es por lo menos moderadamente divertido. A la manera de los clanes romanos, delinea las casas rivales del colegio, los de Measures de rojo, los de Richards de verde; y está lleno de chicos que cargan con nombres demasiado grandes para ellos. Wiseman acecha seguramente tras *Sekhet*, un tributo a su pelo rubio y a su pasión por el antiguo Egipto. (Por lo que parece, Tolkien no cayó en la cuenta por entonces de que Sekhet es una deidad femenina.)⁵

Sekhet festejó la matanza,
y sacudió su rubia cresta
y hacia el Jefe de Verde vestidura
presionó a través de la carnicería;
el cual lanzado con fiereza por Sekhet,
yace sobre el terreno,
hasta que un grueso muro de vasallos
lo cercaron.
Sus siervos en la batalla
le descubren un pequeño espacio;

5. Quizá sólo hubiera encontrado el nombre en la obra de Rider Haggard, *She*, que incluye a «Sekhet, de cabeza de león» entre los poderes egipcios, pero no especifica su sexo.

y amablemente frotaron su rodilla herida,
y escrutaron su pálido rostro.⁶

Los arcaísmos y la apariencia de un combate dan paso a un cameo contemporáneo en el que se salta de lo sublime a lo trivial. La llana realidad del campo de rugby se mofa amablemente de las pretensiones heroicas de su referente literario.

El heroísmo burlesco de «The Battle of the Eastern Field» refleja, conscientemente o no, una realidad sobre la actitud de toda una generación. El campo de deportes era la arena para el combate fingido. En los libros que leía la mayoría de los chavales, la guerra era deporte continuado por otros medios. El honor y la gloria cubrían ambas realidades con un arco de glamour, como si el combate real pudiera ser un asunto heroico y decente en su esencia. En el influyente poema de 1897, «Vitaï Lampada», sir Henry Newbolt había imaginado a un soldado espoleando a sus hombres a través de la sangrienta batalla haciendo eco a la exhortación del capitán de su antiguo equipo de críquet: «¡Ánimo!, ¡ánimo! ¡Y jugad el partido!». Philip Larkin, un poeta muy posterior que echaba la mirada atrás muchas décadas después, describía a los voluntarios que hacían cola para alistarse como si estuviesen fuera del campo oval de críquet; y se lamentaba (o exhortaba): «Nunca más tal inocencia». Una era más sabia había retratado la guerra como uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis, pero en la época eduardiana, la guerra era como haber tomado parte en algo apenas peor que un lance de polo.

En los diez años previos a 1914, se consideró a menudo la posibilidad de un conflicto internacional. La opulencia victoriana

6. *Sekhet mark'd the slaughter, / And toss'd his flaxen crest / And towards the Green-clad Chieftain / Through the carnage pressed; / Who fiercely flung by Sekhet, / Lay low upon the ground, / Till a thick wall of liegemen / Encompassed him around. / His clients from the battle / Bare him some little space, / And gently rubbed his wounded knee, / And scanned his palid face.*

estaba en franca decadencia en Inglaterra, golpeada por los reveses en la agricultura y después por el gasto en la guerra bóer. Pero Alemania, unificada en 1871, era el jovencillo fanfarrón entre las potencias europeas. Habiendo experimentado una rápida industrialización, estaba maniobrando en busca de un papel más fuerte en Europa por medio de la expansión de su alcance colonial, y veía a Inglaterra, con su poderosa armada, como el principal oponente.

La cercana guerra había arrojado su sombra sobre la visión del mundo de Tolkien y sus amigos cuando todavía estaban en la King Edward's. Ya en 1909, W. H. Payton, un excelente tirador y cabo primero de la escuela de entrenamiento de jóvenes oficiales, había argumentado en un debate a favor del servicio militar obligatorio. «Nuestro país es ahora el poder supremo, y Alemania desea serlo. Por tanto, deberíamos ver si estamos suficientemente protegidos contra el peligro de una invasión extranjera», proclamó. En 1910, Rob Gilson había hecho un llamamiento a una corte internacional de arbitraje que evitase la guerra. Tolkien lideraba la oposición. Prefería las jerarquías tradicionales y, por ejemplo, en una ocasión equiparó (probablemente no del todo en serio) la democracia con «el forofismo y el alboroto», afirmando que tales cosas no debían pintar nada en la política exterior. Una desconfianza análoga hacia la burocracia, o el internacionalismo, o las enormes empresas inhumanas per se está detrás de su ataque a la Corte de Árbitros. Con la ayuda de Payton había desechado la idea como irrealizable. Habían insistido en que la guerra era a la vez un aspecto necesario y productivo de los avatares humanos, aunque un alumno había hablado sobre las «trincheras ensangrentadas».

La temperatura había subido hacia octubre de 1911, cuando el traqueteo del sable del káiser impulsó la moción de la sociedad de debate: «Esta casa exige la guerra inmediata con Alemania». Pero otros insistían en que Alemania era principalmente un rival comercial. G. B. Smith proclamó que el crecimiento de la democracia en Alemania y Rusia atajaría toda amenaza de guerra, asegurando a los participantes en el debate, con su habitual ironía, que las únicas causas de alarma eran el belicoso *Daily Mail*, «y los bigo-

tes del káiser». La sociedad de debate no declaró la guerra a Alemania. Smith sobrestimó con mucho la fuerza de la democracia en ambos países, subestimó la influencia de la prensa y no acertó a ver el peligro real en la persona de Guillermo II, un autócrata henchido de bien asentadas inseguridades. Tan sólo dos días después de su decimoséptimo cumpleaños, y dirigiéndose por primera vez a la cámara de debate, se le puede perdonar la ingenuidad; pero no estaba solo en ninguno de aquellos errores de percepción.

A pesar del malestar en la industria, la autonomía o Home Rule en Irlanda y el activismo sufragista creciente, para muchos británicos aquél fue un tiempo de comodidad material y de una tranquilidad que se extendía hacia el futuro. Sólo la pérdida de la expedición al Antártico del capitán Robert Scott y la del *Titanic*, ambas en 1912, levantaron dudas acerca de la seguridad de tales ilusiones a largo plazo.

La King Edward's era un bastión del sólido espíritu deportivo, el sentido del deber, el honor y la energía, todo ello respaldado por una rigurosa preparación en latín y griego. El himno del colegio instruía a los alumnos así:

No hay aquí sitio para los petimetres u holgazanes, los que hicieron grande nuestra ciudad no temieron dificultad alguna, no eludieron trabajo alguno, sonrieron a la muerte y sometieron al destino.

Los que dieron a nuestro colegio sus laureles depositaron sobre nosotros una confianza sagrada.

Adelante, pues, vivid en plenitud, morid en servicio, no cubiertos de herrumbre.

Había habido instrucción en la King Edward's durante la época victoriana, aunque en absoluto sistemática. Pero en 1907, Cary Gilson obtuvo permiso de las autoridades militares para establecer el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales como parte del plan nacional de reformas para impulsar la puesta a punto de

Inglaterra de cara a una confrontación militar. La OTC (Officer Training Corps) estaba capitaneada por W. H. Kirby, el profesor del primer curso de Tolkien (y un destacado tirador en el ejército territorial a tiempo parcial que había quedado establecido por el mismo paquete de reformas). Varios de los compañeros de Tolkien en el campo de rugby se convirtieron en oficiales del cuerpo, y el propio Tolkien fue uno de los ciento treinta cadetes. El cuerpo proporcionó también ocho personas para el equipo de tiro del colegio, con Rob Gilson (cabo de la OTC) y W. H. Payton sobresaliendo en las prácticas. Aunque Tolkien era también un buen tirador, no formaba parte de ese equipo; tomaba parte en prácticas e inspecciones en los campos de la escuela, en competiciones frente a las otras tres casas del colegio, así como en ejercicios de campo y en enormes campamentos anuales que involucraban a muchos otros centros educativos.

Los soldados en perfecta formación fueron presentados ante el rey, y pasaron revista los mariscales de campo lord Kitchener de Jartum y lord Roberts, el libertador de Bloemfontein. El *Chronicle* del colegio concluía: «Resulta bastante evidente que el Ministerio de la Guerra y las autoridades militares esperan grandes hazañas de la OTC». En pleno verano, Tolkien viajó a Londres con otros siete cadetes de la King Edward's con el fin de formar parte de la línea que protegía la ruta de la coronación de Jorge V. Era el año 1911 y hacía un calor insoportable. Escribió que aquel momento había «encendido una sonrisa inamovible» en su rostro. Pero cuando acamparon en las inmediaciones de Lambeth Palace en la tarde de aquel gran día, un largo período de sequía terminó por fin, y llovió. Tolkien comentaría más tarde: «*Adfuit omen*. Fue un presagio».⁷ El contingente permaneció de pie mirando hacia Buckingham Palace viendo las tropas pasar arriba y abajo ante la mirada de Kitchener y Roberts. Escucha-

7. *Adfuit omen* adquiere una fuerza especial a partir de su contraste con la frase habitual, *Absit omen*, «que no haya malos augurios». Podría ser parafraseada como «fue un puñetero presagio».

ron los saludos mientras el rey salía y por fin tuvieron una visión muy cercana del monarca mientras las carrozas reales pasaban justo frente a ellos en su camino de regreso a palacio.

En ese momento, aquellos preparativos militares eran motivo de entusiasmo. De un campamento en Aldershot, Tolkien se llevó «espeluznantes» relatos de la devastación sembrada entre los cadetes a través de juegos de palabras, sin duda causada por su propio círculo. Había regresado de otro de los campamentos, que había tenido lugar en Tidworth Pennings, en la llanura de Salisbury en 1909, con una lesión real, pero no infligida en combate. Con su característica impetuosidad, había cargado contra la tienda de campaña que compartía con otros siete, saltado y caído contra el mástil central, en el que alguien había fijado una vela con una navaja. Al parecer el corte resultante le iba a dejar una cicatriz de por vida.

En la época en que G. B. Smith hacía restallar sus chistes sobre el mostacho del káiser, Tolkien se estaba embarcando en la vida del Exeter College, en Oxford, donde, al igual que su generación, prosiguió su instrucción militar. Tan pronto como llegó se enroló en el King Edward's Horse. Este regimiento de caballería había sido ideado durante la guerra de los bóers como los King's Colonials, y reclutaba hombres de las colonias que residiesen en las islas Británicas. Como tal, gozaba de un dudoso estatus comparado con otras unidades militares británicas (y era la única administrada desde Whitehall), pero el patronazgo real había beneficiado su crecimiento. Había sido rebautizado con el nombre del nuevo rey, Eduardo VIII. El enorme número de estudiantes de las colonias presentes en Oxford y Cambridge, convirtió las ciudades universitarias en objetivos principales para las campañas de reclutamiento, y hacia 1911 el regimiento tenía una fuerte presencia en Exeter College. Tolkien se unió a él, parece ser, a causa de su nacimiento en Sudáfrica: muchos nuevos licenciados se alistaban en la OTC de la universidad, pero se esperaba que

los que poseían una procedencia «colonial» se uniesen en cambio al King Edward's Horse.

Dentro del regimiento, los miembros del escuadrón Oxbridge eran considerados un grupo díscolo y librepensador, pero tenían buenas monturas prestadas por los cazadores locales. Tolkien sentía una fuerte afinidad por los caballos, que le encantaban. (Según una fuente, que posiblemente no sea sino un rumor infundado, se convirtió en un domador de facto. Apenas había domado uno se lo llevaban, le daban otro y comenzaba otra vez el proceso.) Su pertenencia al regimiento fue, con todo, efímera. En julio y agosto de 1912 pasó dos semanas con el regimiento en el campamento anual en Dibgate Plateau, en Shorncliffe, justo a las afueras de Folkenstone, en la costa sur. Los temporales que bramaban en el Canal desde el suroeste eran tan fuertes que dos de las noches casi todas las tiendas y carpas fueron arrasadas. En una ocasión el regimiento llevaba a cabo maniobras de campo después de anochecer y en vez de regresar al campamento se acantonaron para pasar la noche: un incómodo aperitivo de la vida durante la guerra. Tolkien fue dado de baja del regimiento, por petición propia, en enero del año siguiente.

Mientras tanto, la vida académica en Oxford era relajada, por decir algo: «En realidad, no hemos hecho nada: nos contentamos con existir», se contaba a los lectores del *Chronicle* de la escuela en la «Oxford Letter» anual que ponía al día de las actividades de los antiguos alumnos de la King Edward's. Tolkien apenas estaba ya comprometido con el estudio de clásicas. Ya era conocido entre los viejos amigos por su «vicio predominante: la pereza», pero incluso el vicerrector anotó junto a su nombre «muy vago». Al contrario, estaba muy ocupado, pero no con Esquilo y Sófocles. Se incorporó a las sociedades estudiantiles y al equipo de rugby de la universidad (aunque como los estándares eran más altos, no destacó, y fue considerado «un simple alero»). En última instancia

distraía mucho más su atención, sin embargo, su creciente fascinación por el poema épico finlandés, el *Kalevala*.

Tolkien se había topado en el colegio con este ciclo de leyenda folclórica. Se sentía «inmensamente atraído por algo en el aire» de esta epopeya en verso sobre sabios magos del norte batiéndose en duelo y jóvenes perdidamente enamorados, fabricantes de cerveza y criaturas capaces de cambiar de apariencia, que por entonces acababa de ser publicado en inglés en una popular edición. Para un joven tan atraído por la frontera sombría donde los registros históricos escritos dejan paso a la época de las leyendas orales apenas recordadas, era irresistible. Los nombres eran bastante diferentes a cualquier otra cosa que hubiese visto en sus estudios de la familia de idiomas indoeuropea de la que procedía el inglés: Mielikki, la dama de los bosques; Ilmatar, hija del aire; Lemminkäinen, el aventurero temerario. El *Kalevala* absorbió de tal manera a Tolkien que se había olvidado de devolver el ejemplar del volumen 1 del colegio, como Rob Gilson —su sucesor como bibliotecario en la King Edward's— le advirtió educadamente en una carta. Equipado así con todo lo que necesitaba, o aquello en lo que de verdad estaba interesado, Tolkien apenas utilizó la biblioteca de Exeter College y retiró en préstamo sólo un libro relacionado con los clásicos (la *Historia de Grecia*, de Grote) en todo su primer año. Al aventurarse, se extravió más allá de las estanterías de clásicas y desenterró un tesoro: la gramática pionera del finés, obra de Charles Eliot. En una carta a W. H. Auden, en 1955, recordaba que «fue como descubrir toda una bodega llena de botellas de un vino extraordinario, de una clase y sabor nunca antes degustados». En última instancia, tiñó su labor creativa idiomática de la música y estructura del finés.

Pero antes se embarcó en la empresa de recontar parte del *Kalevala* al modo de William Morris, mezclando prosa y verso. Era éste el *Cuento de Kullervo*, sobre un joven fugitivo que ha huido de la esclavitud. Es un relato extraño para haber capturado la imaginación de un católico ferviente: sin advertirlo, Kuller-

vo seduce a su hermana, que se quita la vida, y entonces también él se suicida. Pero el atractivo quizá resida en parte en la trama de heroísmo inconformista, el romance entre dos jóvenes y la desesperación: al fin y al cabo, Tolkien estaba en medio de su forzada separación de Edith Bratt. La muerte de los padres de Kullervo bien pudo tocar otra fibra. Con todo, una atracción primordial era el sonido de los nombres finlandeses, el primitivismo remoto y el aire del norte.

Si Tolkien simplemente hubiese querido pesimismo apasionado, lo podría haber encontrado mucho más cerca del hogar en la mayoría de la literatura inglesa que leían ávidamente sus pares. Los cuatro años anteriores a la Gran Guerra fueron, en palabras de J. B. Priestley, «rápidos y febriles, y extrañamente fatalistas». Las alusiones a una juventud condenada en la obra de A. E. Housman, *A Shropshire Lad* (1896) eran tremendamente populares:

Al este y al oeste sobre campos olvidados
blanquean los huesos de camaradas muertos,
amigos queridos, y muertos y podridos;
ninguno de los que va regresará.⁸

Un admirador de Housman fue el primer literato célebre de la Gran Guerra, Rupert Brooke, que escribió que si moría en alguna esquina de un campo extranjero, aquello sería «para siempre Inglaterra». La poesía de G. B. Smith estaba teñida de un pesimismo semejante.

Tolkien, a través de la pérdida de sus padres, había conocido también el pesar, al igual que algunos de sus amigos. La madre de Rob Gilson había muerto en 1907, y el padre de Smith había muerto en el momento en que el joven historiador llegó a Oxford. Pero la lección sobre la mortalidad retornó de manera con-

8. *East and west on fields forgotten / Bleach the bones of comrades slain. / Lovely lads and dead and rotten; / None that go return again.*

tundente al final del primer período vacacional de Tolkien en la universidad.

En octubre de 1911, Rob Gilson había escrito desde la King Edward's lamentando que «la desaparición de algunos entre los dioses, parece casi haber robado lo que quedaba de la luz de la vida». Nadie había muerto; lo que quería decir era que Tolkien estaba de hecho ausente, al igual que W. H. Payton y el amigo bromista, *Pasta de té* Barnsley, ambos ahora en Cambridge. Y añadía Gilson: «¡Ay, por los buenos días de antaño! ¿Quién sabe si el T. Club se reunirá de nuevo algún día?». De hecho, los miembros que quedaban en Birmingham continuaban reuniéndose en «el viejo santuario» de Barrow's Stores y dirigían la oficina de la biblioteca. La camarilla incluía ahora también a Sydney Barrow-clough y a el Niño, el hermano menor de Payton, Ralph. Durante un simulacro de huelga escolar, exigieron que todas las multas por libros entregados con retraso fuesen confiscadas para pagar té, tarta y sillas cómodas para sí mismos. El *Chronicle* de la King Edward's School amonestó con severidad a Gilson, sucesor de Tolkien como bibliotecario, a que «persuada a la biblioteca a (...) asumir un carácter menos exhibicionista». Pero el club cultivaba su aire conspirativo con taimada ostentación. Los editores del *Chronicle* y los autores de esta amonestación no eran otros que Wiseman y Gilson. Fue este asunto lo que distinguía a varios de los prefectos y exalumnos como «T. C., B. S., etc.», iniciales que resultaban bastante inescrutables para la mayoría de la King Edward's.

Al regresar a Birmingham para Navidad, Tolkien tomó parte en el debate anual de los *Old Boys*, apareciendo en la noche del solsticio de invierno como la incompetente (desde el punto de vista lingüístico) Señora Malaprop, dentro de la extravagante producción de Rob a partir de la obra de Sheridan, *Los rivales*, con Christopher Wiseman, Pasta de té y G. B. Smith, que era ya miembro de pleno derecho de la TCBS.